

Murilo Mendes al vaivén de lo uno y lo múltiple*

Perfil de Murilo Mendes

Murilo Monteiro Mendes nació en Juiz de Fora, Minas Gerais, Brasil, en 1901. Fueron sus padres Onofre Mendes y Elisa Valentina Monteiro, que falleció cuando Murilo, segundo hijo de la pareja, tenía apenas un año y medio de edad. Su padre se casó nuevamente y a los dos hermanos del primer matrimonio se sumaron cinco más.

En Juiz de Fora cursó Murilo la escuela primaria, y la secundaria, a los saltos, en varios colegios de esa misma ciudad. Su inestabilidad como adolescente fue proverbial. En 1917 lo encontramos en Niterói, comienza a escribir y resuelve, una vez más, abandonar sus estudios. Su padre, preocupado por la inconstancia que demostraba como alumno, trata de orientarlo hacia alguna profesión. Como trabajador, Murilo Mendes no da pruebas de mayor perseverancia: fue telegrafista, empleado de farmacia, bibliotecario, oficinista y profesor de francés en un colegio de Palmira. De este último empleo se marchó también, después de una violenta discusión con un cura, docente como él, a quien acusó de intentar seducir a su novia. El clérigo, a su vez, denunció a Murilo como difusor clandestino, ante el alumnado, de las ideas de Rousseau.

Más tarde, su hermano mayor le consigue un empleo en Río de Janeiro. Entre 1922 y 1928 se desempeña como funcionario en el Banco Mercantil de la entonces capital del país. Entra en contacto con Jorge de Lima, Manuel Bandeira, Carlos Drummond de Andrade, Oswald de Andrade, Raúl Bopp y otros portavoces del Movimiento Modernista. Al pintor Ismael Nery y a Jorge de Lima debe su redescubrimiento del catolicismo, así como también a los monjes de São Bento, con quienes mantuvo una larga convivencia. Entre 1929 y 1932 no se le conoce actividad regular alguna. Vive en pensiones donde organiza largas sesiones nocturnas consagradas a Mozart y Bach y a las que invita a todos sus amigos. Por esa época escribió varios artículos de divulgación musical a los que, en conjunto, tituló «Formación de Discoteca». Aníbal Machado, su primo, se interesa por él y le ofrece trabajo en su escribanía. Allí lo encontraremos hasta 1936. En 1938 ya es autor de tres libros publicados: *Poemas* (1930), *Tempo e Eternidade* (1935) y *A poesia em Pânico* (1938). En 1940 conoce a María de Saudade Cortesão, con quien se casa siete años después.

* Capítulo VI del libro *Los poderes del poeta. Poesía y Sociedad en el Brasil del Siglo XX*. (Véanse los capítulos I al V en los núms. 458, 459, 461, 462 y 463 de Cuadernos Hispanoamericanos).

Enemigo declarado del fascismo, no vaciló, al estallar la Segunda Guerra Mundial, en redactar un telegrama, dirigido a Hitler, en el que le decía: *En nombre de Wolfgang Amadeus Mozart protesto contra ocupación Salzburg*. Colaboró en periódicos republicanos españoles y en diarios portugueses opuestos a la dictadura salazarista. En septiembre de 1952 viajó a Europa por primera vez. Entre 1953 y 1955 estuvo en Bélgica y Holanda como *chargé de conférences*, en universidades de esos dos países. Antes de emprender este segundo viaje al Viejo Mundo, volvió a Minas Gerais. Fruto de ese reencuentro con su tierra es *Contemplanção de Ouro Preto*, publicado en 1954. De regreso a Europa, descubrió más íntimamente a Italia y España. El testimonio de esta experiencia fue recogido en los libros *Siciliana* y *Tempo Espanhol*, ambos de 1959.

Finalmente, contratado por el Departamento Cultural del Itamaratí (Servicio de Relaciones Exteriores del Brasil), el poeta se instaló en Italia en 1957, como profesor de Estudios Brasileños de la Universidad de Roma. Europa no tardó en reconocer sus méritos artísticos. Giuseppe Ungaretti tradujo algunos de sus textos al italiano, y Dámaso Alonso al español. Destacado como crítico de arte, Murilo Mendes fue amigo de Miró y Chagall, y entre los escritores que lo frecuentaron figuran Albert Camus, Jorge Guillén, Rafael Alberti, Michaux, Cocteau y Breton.

En 1970 apareció su último libro, *Convergência*, y en 1972, a los 71 años de edad, recibió el *Premio Internacional de Poesía Etna-Taormina*, adjudicado por primera vez a un poeta brasileño.

Murilo Mendes falleció en Lisboa, en 1975.

*

Nadie más occidental, entre los poetas del Brasil contemporáneo, que el denso Murilo Mendes. En el dilatado territorio de su obra se cruzan como caminos las sentencias de Anaxágoras, los fragmentos luminosos de Heráclito, la fraternal palabra de Cristo, la vehemencia de Agustín, la ejemplar lucidez de Hegel.

Sin embargo, quien trate de ubicar las voces de estos grandes en la poesía de Murilo Mendes en vano habrá de buscarlas en la prolija formulación de una cita. En ella, la presencia de la tradición occidental toma la forma de las raíces: subyace y alimenta, sustenta sin exponerse. Se trata de un patrimonio de valores que ha encontrado en este autor brasileño a uno de sus más fecundos interlocutores modernos. De hecho, la producción de Murilo Mendes se despliega en absoluta consonancia con el núcleo de la problemática grecolatina y judeocristiana que sirve de suelo al cuerpo de ideas primordiales que definen nuestra civilización. Esta consonancia, empero, dista mucho de ser mera sujeción formal a un universo de cuestiones paradigmáticas. Va más allá: es convivencia crítica, polémica, inteligente. Todo ello en una atmósfera expresiva intensamente lírica, singularísima en su organización léxica y sintáctica, dotada de un vigor elocutivo que conjuga esas dos fuerzas usualmente tan poco emparentadas: la emoción y la hondura conceptual.

En Murilo Mendes, ello es así desde siempre. El primero de sus libros, *Poemas*, data del año 1930. Inútilmente lo recorrerá quien pretenda encontrar en él los lugares comu-

nes que dan forma a lo ya perimido de la escuela modernista brasileña. A tal punto ha mantenido su frescura el aire que circula en esos versos, que un crítico habitualmente comedido como Wilson Martins no ha vacilado en asegurar que méritos como los de *Poemas* no han vuelto a encontrarse en los textos ulteriores de Murilo Mendes¹.

Sin desmedro de aquel libro primerizo, cabe reconocer que el veredicto de Martins es una desmesura. Y es una desmesura porque se alza de espaldas al cuerpo total, unitario y armónico, que forman los *Poemas* con el resto de la obra de este escritor.

Más cerca de la verdad anda Laís Correa de Araújo cuando señala, aludiendo a esos trabajos del año 30, que en ellos «puede reconocerse ya un microcosmos del universo lingüístico del poeta que en su obra posterior vendría a ensancharse, a través de la abertura de la expresión, en la que se permitiría todas las libertades del ritmo amplio, la desarticulación del vocabulario, la transgresión de las normas sintácticas, en suma, un proceso de dicción que rápidamente destacaría, por su carácter individualizador o incluso insólito, en el cuadro de la poesía brasileña»².

Poemas constituye, entonces, el primer paso de una larga marcha³, y es al sentido de esa travesía completa adonde apunta la intención de este ensayo. Sobra decir, por otro lado, que ese deseo no se nutre en la esperanza desmedida de agotar en unas pocas carillas la posible significación de toda una obra. Quiere, tan sólo —y eso me basta como estímulo—, trazar el contorno de algunos de sus rasgos distintivos.

El francotirador

«He sido toda mi vida un francotirador. Trato de obedecer a una especie de lógica interna, de unidad a pesar de los contrastes, dilaceraciones y cambios; y siempre evité programas y manifiestos»⁴. Así se define Murilo Mendes; y se define bien, es decir, con razón y medularmente.

Ni siquiera en los comienzos aparece este creador adscrito a nada que no sea él mismo. Es un metabolizador de influencias, no un epígono. Tampoco lo mejor del modernismo —el humor, su espíritu intencionalmente telúrico— son en su palabra recursos exclusivos. Siempre que Murilo Mendes se pronuncia es posible reconocer la voz de un hombre, no la estética de una escuela. Generalmente es así en el caso de los grandes escritores. Lo infrecuente es que lo sea desde un comienzo, como ocurre con Murilo Mendes. Y en ello juega un papel decisivo la proverbial, nunca del todo bien comprendida, paciencia rilkeana. Mendes no publica su primer libro a los 19 años, sino a los 29. Nos entrega un texto consumado, no el fruto enardecido de un impulso. Es la ofrenda de un hombre que ya sabe pensar en lo que siente; de un hombre que reconociéndose

¹ «*Contradições de um Poeta*» por Wilson Martins, *Suplemento Literario de O Estado de São Paulo*, 13 de febrero de 1960, pág. 3, São Paulo, Brasil.

² Murilo Mendes de Laís Correa de Araújo. Ed. Vozes, pág. 24, Río de Janeiro, Brasil, 1972.

³ En el curso de este ensayo se mencionan los títulos fundamentales que integran la obra poética de este autor publicada durante su vida. Murilo Mendes falleció en Lisboa en 1975, dejando inédita una producción considerable en la que figuran, incluso, algunos poemas en italiano.

⁴ Carta de Murilo Mendes a Laís Correa de Araújo, incluida en el citado libro de esa escritora, pág. 21.